

## Valle-Inclán y su aureola de histrión

Una anécdota que cuenta Serafín Baroja en "Gente del 98" nos introduce al carácter histriónico de nuestro personaje:

Cuando nuestro grupo, haciendo esfuerzo supremo, llegaba a la plaza de Oriente, o por Recoletos alcanzaba las soledades de la Castellana, Valle-Inclán, nos demostraba sus poderosas facultades para la declamación trágica. Generalmente el trozo escogido era la imprecación de *Los amantes de Teruel*. Valle-Inclán se arrojaba a un árbol, aquel árbol al que han atado a Diego Marcilla. Ponía sus brazos a la espalda, y lanzando el furioso destello de las gafas al cielo, prorrumpía en estentóreos rugidos:

*¡Infames, bandoleros...  
Que me habéis a traición acometido!  
¡Venid! ¡Ensangrentad vuestros aceros!  
¡La muerte ya... por compasión os pido!*

Las parejas amorosas refugiadas en los bancos más metidos en sombra, abandonaban su idílico escondrijo, se levantaban y corrían despavoridas. Los guardias de Orden Público y los serenos acudían. Se armaba el jaleo.

A veces, tras largas discusiones con los representantes de la autoridad, todo terminaba bien y volvíamos al café. Otras concluían de mala manera. Conduciendo al gran trágico y a sus admiradores a la prevención, hoy llamada comisaría. Allí nos cacheaban.

Un pintor de nuestro grupo se opuso terminantemente a que el policía le registrara como no se lavara antes las manos y las cubriera con guante blanco. Era admirable la pretensión de nuestro querido amigo. Jamás mano de policía hubieron de meterse en abismos tan cochambrosos como los bolsillos del pintor, llenos de polvo de tabaco, migas de pan, plombagina de lápiz, tubos medio espachurrados de color al óleo.

El empleado policiaco que tomaba la filiación a los detenidos se veía en un brete cuando llegaba la vez a Valle-Inclán.

—¿Cómo se llama usted?

—Don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro —contestaba el gran trágico, desplegando sus nombres y apellidos en columna de humo.

—¿Profesión?

—Coronel general de los Ejércitos de Tierra Caliente.

—No existe ese grado en la Milicia.

—¿Cómo que no?

—No, señor.

—¿Va usted a negar mi categoría?

—El grado mayor es el de capitán general con mando en plaza.

—Pues yo soy coronel general y no consiento que se me degrade en documentos públicos.

—Ponga usted militar retirado —decía alguno de los polizontes, para terminar el conflicto.

Entonces Valle-Inclán protestaba airado. Sus alaridos eran semejantes a los del desdichado amante de Isabel de Segura. Amenazaba con reclamaciones diplomáticas que el señor embajador de los países calientes presentaría a España y, como fatal consecuencia de ellas, todos los honrados guardias de Orden Público serían declarados cesantes”.